



y el día de hoy amanece
justamente aborascado
y sangriento justamente.
En su mano los fusiles
leones quieren volverse
para acabar con las fieras
que lo han sido tantas veces.
Aunque te falten las armas,
pueblo de cien mil poderes,
no desfallezcan tus huesos,
castiga a quien te malhiere
mientras que te queden puños,
uñas, saliva y te queden
corazón, entrañas, tripas,
cosas de varón y dientes.
Bravo como el viento bravo,
leve como el aire leve,
asesina al que asesina,
aborrece al que aborrece
la paz de tu corazón
y el vientre de tus mujeres.
No te hieran por la espalda,
vive cara a cara y muere
con el pecho ante las balas,
ancho como las paredes.
Canto con la voz de luto,
pueblo de mí, por tus héroes;
tus ansias como las mías,
tus desventuras, que tienen
del mismo metal el llanto,
las penas del mismo temple
y de la misma madera
tu pensamiento y mi frente,
tu corazón y mi sangre,
tu dolor y mis laureles.
Antemuro de la nada
esta vida me parece.
Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir,
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago es la muerte.

ABC

El poeta Miguel Hernández, recitando ante sus compañeros en un frente de Extremadura. (Foto Altavoz del Frente.)

Le escuchan sus compañeros, los soldados. Frente de . . . Después del romance, le oírán recitar "Escoged esta voz", "El niño yuntero" o "Jornaleros". ¿Qué saben de él los que le escuchan? ¿Qué sabemos de él los que le hemos seguido en las revistas "Cruz y Raya" y "Revista de Occidente", que publicaban sus versos? Sabemos que es de Orihuela, de Alicante; que es hijo de unos pobres pastores de cabras y que también él ha cuidado el ganado y labrado la tierra; que aprendió las primeras letras en una escuela de su pueblo nativo; que bien pronto se dió, ardentemente, a la lectura, primero de novelas por entregas, y luego, en la biblioteca de un círculo obrero, de los clásicos castellanos. Más tarde, tendrían sus versos la gravedad de las octavas de Góngora y Calderón y la dulzura de Garcilaso. Como a tantos jóvenes coetáneos de muchas provincias españolas, las lecturas de los poetas contemporáneos Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado le exaltaron. Estas lecturas y las de Góngora, con ocasión del centenario, en 1927, fecha decisiva para las últimas promociones literarias, constituyeron su formación primera.

Su producción poética, que publicó primero en un periódico local y que continuó a lo largo de su primer libro, de 1932, escrito bajo el recuerdo de Góngora; de un auto sacramental editado en 1934, en el papel de color de la revista "Cruz y Raya"; de un libro de sonetos que lleva por título "El rayo que no cesa", no se ha interrumpido con la guerra. Cuando estalló ésta, Miguel Hernández se inscribió en el 5.º Regimiento. En un principio trabajó en la construcción de fortificaciones, pero luego, destinado a Infantería, ha combatido como miliciano en la brigada del "Campesino". Tiene veinticinco años. Miguel Hernández alterna hoy el fusil con la pluma y las recitaciones. ¿Quién no ha leído sus versos últimos en "El Mono Azul", "Al Ataque", "Frente Sur", "Ayuda" o los periódicos murales? No sabemos si ha sido por su vida pobre, áspera y difícil o por aquella su condición—condición tan española—de saberse hierba aunque se sea encima; pero ningún poeta de esta hora de España unimisma tanto al lector o al oyente con la entraña del pueblo español como el poeta y soldado Miguel Hernández.

Miguel Hernández, poeta y soldado

VIENTO DEL PUEBLO

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.
Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.
Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,

que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles.
Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fué sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierras se refiere.
Ayer amaneció el pueblo
desnudo y sin qué ponerse,
hambriento y sin qué comer,